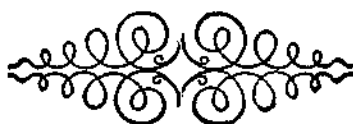


LA ILUSTRACION POPULAR ECONÓMICA.

TOMO I.



Años 1869 á 1871.



VALENCIA.
Imp. de José María Ayeldi.
1871.

LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA.

Redaccion y administracion, calle de San Cristóbal n.º 7, entresuelo.

ADVERTENCIA.

Aunque este número lleva la fecha del 10 de Agosto, como quiera que en lo concerniente al «Plan de la publicación» sirve de prospecto ó número muestra, para los efectos de la administración corresponderá al 1.º de Setiembre próximo, que con el segundo, que daremos el 10 y el tercero el 20 de dicho mes, formarán el completo de entregas ofrecidas.

Es tal la abundancia de pedidos que tenemos de todas las provincias de España, que contra nuestros deseos hemos tenido que prorrogar la continuación inmediata para montar un servicio tan esmerado cual se merece la buena acogida que se nos dispensa.

OTRA.

Tratando de unir la amenidad con el espíritu moral y religioso que ha de caracterizar á nuestra Biblioteca, y á ruegos de muchos de sus suscritores, la inauguramos con *Los Mártires ó El Triunfo de la Religión Cristiana*, por el Vizconde de Chateaubriand.

Inmediatamente daremos la obra titulada Introducción á la Sabiduría, por el Dr. Juan Luis Vives, traducida al castellano por el Dr. D. Pedro Luis Pichá: obra que nos prometemos ha de ser leída con sumo gusto, y cuyas dimensiones creemos no excederán de unas dos entregas.

Y á la mayor brevedad publicaremos La Ciudad de Dios, obra de gran mérito, y de que apenas quedan ejemplares, escrita por el glorioso Doctor de la Iglesia San Agustín, Obispo hiponense. Contiene los principios y progresos de esta ciudad, con una defensa de la religion cristiana contra los errores y calumnias de los gentiles. Traducida dicha obra del latín en romance por Antonio de Roys y Rozas. Y nuevamente corregida y aumentada con los comentarios de Luis Vives.

Obras que daremos alternadas con Las Veladas de la Quinta, Tardes de la Granja y algunas novelas inéditas.

SUMARIO.

Dulces memorias y cristianos propósitos.—Plan de la publicación.—Armonías religiosas: A. S. S. el Sumo Pontífice Pío IX.—Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano.—La codicia rompe el saco (Leyenda).—Mesa revuelta.

DULCES MEMORIAS Y CRISTIANOS PROPÓSITOS.

Era yo muy niño aun cuando mis pupilas se fijaban catáticas en una muger sumamente hermosa; cuyos blondos cabellos servían de marco á su pálido semblante, embellecido por dos rasgados ojos de color de cielo, y por una perenne sonrisa que rodaba por sus labios purpúreos, haciendo irradiar en su rostro la alegría de que reviste al horizonte el iris de paz que luce en pos de la aterradora tormenta.

Aquella muger me habia dado el primer beso. Ella puso en mi lábio la oracion primera.

Y ella vertió sobre mi cuna tierno llanto al contemplarme moribundo en los albores de mi existencia.

Porque aquella muger era mi madre.

Mi buena y nunca olvidada madre, á quien lloro todavía, y á la que siento junto á mí en este instante guiando cariñosa mi mano, rozando con sus labios mi frente, y haciendo latir con ternura mi corazon que la dice con sus dulces palpitaciones: ¡madre! ¡madre mia de mi alma!

¡Pobre madre!....

Jóven, muy jóven aun, en el estío de su vida abandonó este mundo.... por otra morada mejor, es verdad, pero.... ¡era madre!... y mucho, mucho sufriría al dejar casi en la cuna á tres prendas de su corazon tierno y sencillito, á tres pedazos de sus entrañas, á tres hijos idolatrados.

Enfermizo y débil cual yo me hallaba en mi niñez fui objeto de sus más solícitos cuidados; y aun siento en mi megilla su cariñoso beso, y aun escucho su armónica palabra vibrar en mi oído con la suave melodía de las auras que mecen las adormecidas flores en el crepúsculo de una serena tarde.

Ella me enseñó el indecible gozo que se experimenta socorriendo al desvalido; ella supo sofocar en mi alma los impulsos de la ira, y pintarme cuanto es impotente y despreciable la mundanal soberbia.

Ella puso ante mis ojos la imagen del Crucificado pidiendo perdón al cielo para sus empedernidos verdugos.

Y ella, en fin, hizo surgir ante mis húmedas pupilas á la Reina de los ángeles, intercediendo ante el solío del Altísimo por los ilusos pecadores, causa de martirios tan rudos cual sufriera en el Calvario.

Me mostró junto á mi lecho al ángel de la Guarda velando mi sueño; y señalándome la bóveda celeste me hizo entrever una mansion indescriptible, en que los suspiros del viento son acabadas melodías, los horizontes perennes alboradas, las praderas odoríferos jardines; y en que el espacio saturado de luz y de aromas y de armonía, arroba las almas en dulce éxtasis, de que tan solo salen para entonar himnos de alabanza á Dios misericordioso, que tras de un mundo de amarguras ha sabido dar á los justos un cielo resplandeciente en que los siglos ni siquiera son instantes; porque los siglos ni aun pueden ser los segundos de la eternidad.

Huella profunda dejaron en mi corazon, madre mia, tus inspiradas frases.

Inesperto piloto, lancé en los mares de la existencia la barca de mi juventud; y á la mitad de mi camino arribé entre tremendas borrascas al piélago del desengaño.

Pero por tí y solo por tí, al recordar tus saludables y cariñosos consejos, he tenido valor para recomponer mi averiada nave, y guiado por el faro bienhechor de la esperanza tomar un asilo en el puerto de la religion.

¡Ay del que no siga mi ejemplo!

Mi amarga tristeza se ha trocado en agradable melancolía, mi desaliento en resignacion.

Y si alguna vez siento desfallecer mi alma entre los continuos azares de la vida, solo y abatido al verme, piso el templo á que me llevaste de la mano cuando niño, y entre las nubes de incienso que se elevan magestuosas en el espacio te distingo, y al par de las sentidas notas del órgano quejumbroso escucho tus piadosas frases de consuelo.

Hoy, madre mia, hieren de vez en cuando mi oído las

poco meditadas frases de algunos desdichados ateos; hoy los ministros de ese Dios cariñoso, á cuyo lado resides, sufren mil inmerecidas angustias.

¡Hoy suceden cosas bien tristes!

Y por eso yo, madre mia, invocando tu dulce memoria, quiero en medio de mi oscuridad y pequeñez hacer algo, si posible me es, por esa religion que se infiltró en mi alma mezclada con tu primer beso.

El catolicismo, cimentado en innegables verdades no puede peligrar nunca, pero muchas almas á veces se extravían sojuzgadas por el mal consejo y cegadas por la ignorancia.

Y para esas almas y por amor tuyo, quiero confeccionar el contraveneno que destruya el tósigo con que se pretende inficionarlas.

Veneno lento y á las veces de mentiroso sabor agradable, son las perniciosas lecturas que á cada paso se ponen hoy ante muchos inexpertos ojos.

Pues bien; á las lecturas escépticas é impías oponemos las religiosas; á las impuras las morales.

El inmundo cieno desaparecerá á impulsos de un torrente de agua cristalina, y con ella regaremos el jardín de nuestra sacrosanta religion, de que brotarán inmarcescibles flores para coronar á los creyentes que ansio guiar por el sendero de la fé á la gloriosa morada del Dios de la verdad y de la clemencia.

Este raudal benéfico lo será *La Ilustracion Popular Económica*.

Acercaos pues todos á la piscina salutar, que á todos os es dado verificarlo, pues á los pobres dedico mi pensamiento, poniéndolo al alcance de sus escasos medios.

Y para el que absolutamente carezca de todo, que no dude que la caridad ha de proporcionarle esta áncora de salvacion.

Escasas son mis fuerzas, lectores míos, pero mi voluntad es mucha; y pues en todos los corazones encuentra eco la palabra «madre», tened presente para no negarme vuestra indulgencia, que con este pensamiento rindo un tributo cariñoso á la mia.

Si mis esfuerzos no consiguen que pueda llegar al fin que me propongo, culpád á mi ineptitud y torpeza; pero si, como yo confío, la mente puesta en Dios, agrupamos en torno nuestro el numeroso rebaño de los fieles; si cicatrizamos las heridas de tantas almas laceradas y abrimos horizontes de felicidad á muchos desdichados.... ¡Ah! entonces no me tributeis un inmerecido elogio que no podrian admitir mi humildad ni mi modestia, pero bendecid alguna vez la memoria de mi madre que formó mi corazón, y que guía mis pasos por el sendero de la fé, y por todos nosotros ruega á la Reina de los ángeles y amparo de los afligidos.

A.

PLAN DE LA PUBLICACION.

Segun hemos hecho constar en nuestros anuncios, cada diez dias daremos una entrega de las mas selectas obras religiosas y morales, de doce páginas de impresion sumamente compacta, sirviendo de cubiertas á dicha entrega un periódico literario.

Como al llevar á cabo nuestro pensamiento podríamos tropezar con la dificultad de que algunas obras un tanto largas no satisficieran á todos nuestros lectores en cuanto á lo de ofrecerles una continua novedad, hemos dividido nuestra biblioteca en tres secciones, á saber:

Seccion religiosa, seccion instructiva y seccion recreativa. A juicio de la redaccion las daremos unas alternadas con otras, y de este modo, desde el niño hasta el anciano hallarán unida la distraccion y amenidad al provechoso pasto intelectual que nos proponemos suministrarles.

En cuanto al periódico contendrá las siguientes secciones:

Seccion religiosa, seccion recreativa, seccion instructiva y variedades; titulando á esta última «Mesa revuelta.»

La seccion religiosa contendrá breves artículos puestos al alcance de todas las inteligencias, y en que cuando oportuno sea tocaremos las cuestiones de actualidad que puedan interesar á la Iglesia católica, apostólica, romana y sus representantes.

La seccion recreativa se dividirá en dos series: una de leyendas, tradiciones, novelas y cuentos morales en prosa, y otra serie poética en que publicaremos una numerosa coleccion de armonías religiosas y otra de varias composiciones á que titulamos «Sensitivas» alternando con romances históricos y morales. Francamente, estamos ya cansados de oír pregonar *hazañas* de facinerosos en la patria del Cid, Gonzalo, Fernandez de Córdova, Cervantes y otras tantas glorias nacionales, y nos proponemos matar la memoria de tantos y tantos bandidos de triste recordacion, con cuyos nombres no queremos manchar esta página, por mas que lloremos sus extravíos y pidamos por su salvacion.

La seccion instructiva contendrá artículos sencillos sobre todos aquellos conocimientos que juzguemos útiles, dando la preferencia á la agricultura y artes.

Y finalmente en la «Mesa revuelta» daremos noticias, anécdotas, pensamientos y máximas de hombres célebres etc., ocupándonos á la vez de aquellas cuestiones de actualidad que agenas á la política creamos oportuno é interesante tocar. El final de cada número lo será una charada, enigma, logogrifo ó geroglífico, y á todo el que en tres números correlativos los descifre y nos remita las soluciones, le suscribiremos gratis por un trimestre.

Como quiera que así nos lo permiten la seccion recreativa y la titulada Mesa revuelta, usaremos no pocas veces el estilo humorístico, puesto que el viciotanto corregirse puede con la seria amonestacion como con la bien entendida sátira.

Estos son los propósitos que formulamos, y la buena acogida que se nos ha dispensado desde el primer anuncio, nos alienta á esperar que no ha de ser estéril nuestro pensamiento.

LA REDACCION.

ARMONIAS RELIGIOSAS.

I.

A S. S. EL SUMO PONTIFICE PÍO IX.

Santisimo Padre,
ved á vuestras plantas
á un pobre poeta
que os venera y ama.

Mi acento doliente,
que á vos se levanta,
murmura una suplica:
¡señor, escuchad!

Herido mi pecho
por cuitas amargas
sentia rasgarse
transida mi alma:
mas naufrago y solo
así me á una tabla,
que á un puerto llevome
de paz y bonanza.

El leño que un día
con mano crispada
así entre el estruendo
de ruidos borrasca,
mosiróme esculpidas
tres dulces palabras,
tres frases muy bellas,
muy tiernas y santas;
que fé una decia,
la otra esperanza,
y luego en el centro
con letras de plata
caridad leia
mi vista estasiada.

De entonces dichoso,
las olas saladas
surcando sin miedo,
si fuerzas me faltan
la Iglesia amorosa
me ofrece una playa
de encuentro y reposo
que mi sufrir calma.

Y allí entre el recuerdo
de dichas pasadas
que un día halagaron
fugaces mi infancia;
murmuro oraciones
que en llanto mojadas
se llevan al cielo
fugaces las auras;
y allá entre celajes
de oro y de grana
á Dios yo distingo
en su mansion santa.

Su solio rodean
legiones aladas
de hermosos querubes
que amantes le ensalzan,
y escuchan sus voces,
y el son de sus arpas
que sus tiernos cantos
dulces acompañan.

Y entonces mi lábio
dice en mis plegarias:

¡Oh gran Dios, escucha
mis ruegos, y ampara
á tantos que ilusos
de ti se separan....!

Beatísimo Padre,
mi dicha mas grata
cual veis se resume
en que tantas almas
cual á Dios ofenden
sean perdonadas,
tornando al sendero
de la fé cristiana.
Y por eso ahora

á vos se levanta
mi acento que os ruega,
señor, una gracia:
benedicid clemente,
señor, mi patria,
que humilde os respeta,
que amante os aclama,
y para que sea,
señor, escuchada,
benedicid mi lira
que á Dios se consagra.
¡Os lo ruega humilde
puesto á vuestras plantas
un pobre poeta
que os venera y ama!

AGUSTIN LOPEZ.

DESDE LA CUNA TUVE LA DICHA DE SER CRISTIANO.

¡Magnífico espectáculo es, lectores míos, el que ofrece en una serena tarde del estío el sol, al ocultarse tras de los empinados riscos de la agreste montaña!

Allá en el horizonte se agrupan los dorados celajes, salpicados de ráfagas rojizas, que perdiendo pausadamente su brillo, se truecan en nubarrones de color de ópalo, hasta desaparecer en una cinta plateada que corona la cumbre del solitario monte.

El firmamento azul se vá poblando de trémulos luceros, á que forman séquito las pálidas estrellas; en el apacible valle murmuran las tenues brisas agitando las verdes frondas, y dejando escuchar el acompasado son de las concavas esquilas del ganado que camina á su redil, el ladrido del vigilante perro, el melancólico canto del rústico pastor, las vibrantes notas del soterrado grillo, y á las veces el dulce puntear de una sonora guitarra, ó los suspirantes trinos de la melodiosa flauta, á que con acompasados intervalos se mezcla la voz aguda del cuclillo, que desde la mas alta rama del pino agigantado parece con su repetida queja, llorar por los que ya no verán dentro de breves horas los rutilantes rayos del sol que acaba de ocultarse.

Muchas, muchísimas veces en esta hora de calma, he sentido dilatarse mi corazón, y olvidado de mis pesares, con la vista puesta en el límpido firmamento, he murmurado las palabras que son el epígrafe de este artículo.

Si, en mil ocasiones me he dicho con inesplicable satisfacción: «Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano.»

Y ¡oh coincidencia! estas frases que en idéntica ocasión brotaron á mi labio en una apacible tarde que vi llegar la noche en el monasterio del Escorial; estas mismas frases fueron una de las respuestas que dió á sus crueles verdugos, el santo á que se dedicó aquella morada de paz y de consuelo.

Octava maravilla llaman á aquella santa vivienda que en época de grandeza para nuestra empobrecida nación, tuvo por cimiento, digámoslo así, una gloriosa batalla y por patrono á uno de los mas esclarecidos mártires del cristianismo; al diácono de San Sixto, á San Lorenzo.

Tumba de reyes es también el Escorial, y allí el alma profundamente impresionada, puede meditar que todas las humanas grandezas tienen por fin un puñado de cenizas, que el olvido se encarga de envolver en su sudario, y que rara vez se vivifican con el rocío de las lágrimas, á no hallarse saturadas con el perfume de las buenas obras.

El 10 de Agosto del año 258 dejó de existir entre inauditas torturas San Lorenzo; en el propio día del año 1557 vencieron las armas españolas á las francesas en la jornada de San Quintín, y en 23 de Abril de 1563, la fé del poderoso monarca vencedor puso cual testimonio de gratitud la primera piedra de un monumento que es la admiración de cuantos aciertan á contemplarle, y otro de los vestigios de nuestras antiguas grandezas.

Por feliz coincidencia tenemos el dar á luz el primer número de *La Ilustración Popular Económica*, precisamente en el día que la Iglesia conmemora á su valiente hijo el mártir Lorenzo. Y en que la patria recuerda una inolvidable victoria en que España cubierta de laureles tuvo por alfombra 52 banderas y 18 estandartes franceses.

Así nosotros, con ayuda del cielo, venceremos á la impiedad, y auxiliados por el ilustre mártir atracemos al buen camino á muchas almas extraviadas por perniciosos consejos, y pues imploramos la inspiración de este invencible paladín de las huestes cristianas, justo es que siquiera á grandes rasgos demos una idea de la fé y valor estremado de que dió envidiable ejemplo en la senda del martirio.

Nació San Lorenzo hacia la mitad del tercer siglo en Huesca, ciudad de España y fué hijo de Oroncio y Paciencia, ambos fervorosos cristianos.

Educado Lorenzo por tan buenos padres, descolió desde sus

primeros años en todo género de virtudes, siendo modelo de pureza, y germinando en su noble corazón un amor tal á Jesucristo que nada pudo entibiar.

Animado del celo de la religión se trasladó á Roma considerando el verdadero centro de ella. Poco tardaron en conocer los fieles de la capital del mundo la elevada virtud de aquel jóven extranjero. Pero el que mas pudo apreciarle fué el pontífice San Sixto, sublimado recientemente á la silla de San Pedro, y que encantado por la sencillez y raro talento de nuestro cristiano héroe, le confirió los órdenes sagrados y con ellos la dignidad de arcediano, según lo afirma San Agustín, empleo que le constituía el primero de los diáconos de la Iglesia cristiana.

No bien elevado Lorenzo á esta dignidad, tuvo ocasión de hacer probar cuán verdadera era su ardiente fé, puesto que los cristianos se veían perseguidos de muerte por el emperador Valeriano, que en la primera época de su imperio los trató con alguna humanidad, pero que mal aconsejado por su favorito Marciano, varió de conducta prendiendo á San Sixto, que cargado de cadenas fué conducido á la cárcel Mamertina, de la que salió para ser degollado.

Sabedor el diácono Lorenzo de la prisión del pontífice, lejos de huir cobardemente, se fué á visitarle, pidiéndole participar de su próximo martirio, y diciéndole entre otras tiernas frases: «¿usto es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razón que la oveja se aleje de su pastor.»

San Sixto profetizó el martirio próximo de su diácono, diciéndole: «Consuélate, hijo mío, que pronto se cumplirán tus encendidos deseos.»

Muerto el pontífice, fué preso Lorenzo, y como otro de sus cargos era custodiar los vasos sagrados, vestiduras sacerdotales y fondos destinados al sustento de los ministros y socorro de los menesterosos, ocurrió que el emperador mandara prenderle tanto con objeto de apoderarse del tesoro de la Iglesia, cuanto para obligar al santo á que ofreciera sacrificio á Jupiter.

Tratar de describir los horribles tormentos con que martirizaron á Lorenzo, sería empresa sobradamente árdua para mis débiles fuerzas, y la pluma caería de mi temblorosa mano al querer detallar escenas que harían sobrecojer al mas valeroso corazón.

Fueron dislocados los huesos del glorioso mártir, rasgado su cuerpo con punzantes garfios, deshechas sus quijadas á golpes y por fin acostado en unas candentes parrillas, sobre las que sin acobardarse un solo instante, entregó su alma al Creador, no sin haber habido ocasiones en que muchas antes incrédulas almas se convencieran de que solo protegido por el verdadero Dios, se pueden experimentar con la sonrisa en el labio tan dolorosas torturas. Milagro patente que hizo abrazar el cristianismo á muchos que tal prodigio acertaron á admirar.

Esta es, lectores, ligeramente descrita la historia del mártir San Lorenzo, ejemplo de pureza, modelo de caridad, dechado de fé y amoroso hijo de Jesús.

¡Cuántas veces he leído profundamente impresionado la narración de sus terribles tormentos!

Y ahora en este instante al ver desde mi modesta habitación cual van aproximándose las sombras de la noche; al contemplar ocultarse tras de la colina cercana el postrer rayo del sol, recuerdo aquella otra tarde que vi morir en el monasterio del Escorial, y al escuchar el suspiro de las brisas que agitan las flores de mi ventana, me parece oír un acento dulce y tierno que murmura en mi oído: «Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano.» Palabras que, como llevo dicho, fueron una de las respuestas de San Lorenzo á los gentiles.

Y fijando mis ojos en el diáfano firmamento, yo las repito lleno de felicidad, porque solo el cristianismo puede hacer sentir tan gratas emociones cual la que ahora experimento al escuchar la vibrante campana que me llama á la oración; campana que llora cuando pierdo á los seres que me son queridos; la que me alegra cuando lanzada al vuelo me anuncia las grandes festividades; la que con triste tapido hará tal vez tributar lágrimas á mi memoria, cuando mi alma estará en las regiones de la verdad y mi cuerpo en la helada sepultura.

RAFAEL.

LA CODICIA ROMPE EL SACO.

(Leyenda de color oscuro escrita con claridad, porque yo soy así.)

CAPITULO I.

De como un prestamista se conmovió, se apesadumbró y se consoló.

La escena representa una sala grande y oscura, triste como el crepúsculo de una nebulosa tarde, sucia cual la conciencia de un usurero, y desabrigada á manera del ruinoso panteón que yace

olvidado entre las pardas ruinas de algun derruido monasterio.

Un grande balcon dá luz á la sala consabida por entre sus vidrieras de pequeños cristales engarzados con tiras de plomo retorcido. Unos medios visillos de percalina verde interceptan las miradas de los curiosos, y empalideciendo los rayos del sol contribuyen á dar un colorido melancólico al cuadro de que me ocupo.

Un mostrador de pino sin pintar divide la estancia, de cuyo techo cuelgan capas, mantones y vestidos de muger, cuyas paredes rodea una desvencijada anaquelaria rellena de paquetes, lios y fardos, y cuyo suelo se halla invadido por planchas, velones, almireces, braseros, hornillas y otros distintos objetos de varios metales.

Pendientes de las paredes en los sitios que no cubre la anaquelaria, se ven en confusion heterogénea, desde la espada de matar toros á la trenza de pelo colocada en un sencillo marco; de todo se encuentra, destacándose en primer término guitarras, carteras de viaje, botas, zapatos, paraguas, bastones y hasta escopetas y revolvers. Sobre el mostrador y junto á un grande libro encuadernado de badana hay un enorme tintero de barro, y en él varias mugrientas plumas de ave; y junto á estos objetos, un escaparate repleto de relojes antiquísimos, camafeos, collares, cintillos, condecoraciones, abanicos, tarjeteros, petacas, gemelos de teatro y etc. etc.

Porque, lectores, estamos en el despacho de una casa de préstamos.

Y en medio de todo este desacorde conjunto diríase que se vé á la imagen del lujo franqueando la entrada á la de la miseria.

El húmedo ambiente de aquella cerrada habitación parece estar saturado de suspiros, en el desquebrajado pavimento se observan húmedas manchas que podrían ser gotas de llanto, y el corazón se oprime y la respiración se hace difícil, y al salir afortunadamente de aquel antro, se experimenta la misma agradable sensación que deben sentir las flores cuando tras de un amanecer tempestuoso del mes de Octubre las besa el dorado rayo de sol que desvanece las densas nieblas que las velaban.

Detrás del mostrador hay un hombre ¡pero qué hombre! ¡Valgame la Virgen de Atocla, y qué hombre!

Alto, enjuto y apergaminado parece frisar en los 60 años. Su nariz encorvada sostiene unos espejuelos, por encima de los que se distinguen dos ojillos verdosos y de mirar apagado, barbilla saliente, boca incommensurable y que al entreabrirse en un mohín displicente enseña una denegrida y clara dentadura; sus cabellos grises flotan sobre el mugriento cuello de su pardo leviton, y se agrupan en torno de su deprimida frente con objeto de cubrir una grande calva de limpieza dudosa, y dos patillas entrecanas forman una especie de media luna en torno de sus flacas mejillas, cuyos salientes pómulos retratan toda la sordida avaricia de su alma pequeña, cobarde y rencorosa.

Cargado de espaldas, de manos largas y huesosas y pies juanetudos y disformes diríase que Goya había tenido el singular capricho de pintar sobre el cuerpo de un sátiro el citado leviton, una grosera camisa, un corbatín mugriento, un exiguo chaleco, un remendado y angosto pantalon y unos zapatos pretéritos.

Quede pues sentado, que este personaje que presento á mis lectores era viejo y feo, antipático y nada limpio, y conste que no era sátiro D. Cosme, que así se llamaba, pero ¡ay! era prestamista sobre ropas y albas en buen uso en la villa de Madrid por el año 1862, y según la voz pública tan rico como avariento, dando en lo último quince y falta al judío Isaac de York que tan bien describe la pluma del popular novelista escocés Walter Scott.

Serían las 9 de la mañana de un lluvioso día del mes de Diciembre, y D. Cosme se sopaba los ateridos dedos ocupándose en sacudir y acepillar algunas de las prendas que sucesivamente iba descolgando y volviendo á suspender de sus respectivas escarpías.

Entretenido estaba en esta migrosa tarea, cuando sonó un fuerte campanillazo viéndose entrar á poco en la lóbrega estancia á un joven como de veintidos años, de gallarda presencia, rostro simpático y maneras distinguidas. (Se continuará.)

MESA REVUELTA.

EL PLACER DEL DESPRECIO DE LOS PLACERES.

¿Qué mayor placer que despreciar aquellos mismos placeres que sin poder contentarnos, no nos dejan nunca quietos y tranquilos.

¡Cuándo podremos satisfacernos con ese placer sublime, siempre igual, siempre uniforme, que nace no de la turbación del alma sino de su paz, no de su enfermedad sino de su salud, no de sus pasiones sino de su deber, no del fervor inquieto y variable de sus deseos sino de la rectitud inalterable de su conciencia; placer verdadero que no agita la voluntad sino que la calma, y que no sorprende la razón sino que la esclarece!

BOSSUET.

CANTO DE LA CUNA.

Duérmete y nada temas,
duerme tranquilo,
que yo tu sueño guardo,
dulce hijo mío.
¡duerme, lucero,
que tu madre amorosa
vela tu sueño!

¡Va probarás un día
los sinsabores
de sueños que perturben
tristes visiones....!
¡y al acostarte
no verás sonreírte
tierna á tu madre!

Pero entre tanto, hijito,
duerme y descansa,
que tu madre afanosa
tu sueño guarda;
¡tu sueño vela,
y en la boca y los ojos,
niño, te besa!

ENRIQUE.

CHARADA.

Tuve una *tercia* y *prima* allá en mi infancia,
Tan amable, tan buena y cariñosa,
Que siempre, buen lector, que la recuerdo,
Llanto á mis ojos de ternura brota.
¿La *segunda* y *tercia* por los campos
Eliseos de Madrid, halagadora
Al ver en cierta noche veraniega
Al rayo de la luna esplendorosa,
Crucéla entusiasmado con el *todo*;
Crucéla.... digo mal, beifa lectora,
Que mira, á la mitad de nuestro empeño
Frustróse el grato plan y entre la mofa
De muchos, en la calle nos hallamos
Con un susto que aun nos dura ahora,
Mohinos, macilentos, quebrantados,
Ajaja y sucia la elegante ropa.

RICARDO PALANCA LITA.

(La solución en el número próximo.)

Director: D. AGUSTIN LOBEZ.

IMPRENTA DE JOSE MARIA AYOLDI.

LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA.

BIBLIOTECA MORAL.

Se publica en Valencia los días 1, 10 y 20 de cada mes, en esta forma: Una entrega de las mas selectas obras religiosas y morales, de doce páginas en folio de impresion sumamente compacta, como la adjunta.—A cada una de dichas entregas servirá de cubiertas el número respectivo de este periódico.

PRECIOS.

Por un mes ó sean tres entregas, en toda España, 1 rs. 50 cénts. Un trimestre, 4 rs. Extranjero y Ultramar, un año, 36 rs.

Se suscribe en las principales librerías de España y en esta administración, calle de San Cristóbal, n.º 7, entresuelo. Los suscriptores de fuera que se dirijan á esta administración, deberán hacer el pago en sellos de franqueo y libranzas de fácil cobro. Se admiten anuncios á precios convencionales.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.



ARTÍCULOS VARIOS.

Dulces memorias y cristianos propósitos, por A.	Pág. 1	Contraveneno, por Cándido.	98
Plan de la publicacion, por la Redaccion.	2	La Humildad, III, por Lisardo.	101, 106
Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, por Rafael.	3	San Juan de Letran, por Salvador María de Fábregues.	105
La codicia rompe el saco, por Agustin Lobe.	3	El Ateismo, por Juan B. Pastor Aicart.	109
8, 15, 19, 22, 31, 34, 43, 51, 55, 59, 63, 67, 71, 76, 79, 83, 87, 95, 99, 103, 107, 111, 115, 123, 127, 131, 135, 139, 142, 151, 155, 159, 164, 167, 171, 175, 179, 183, 187, 285, 290, 294, 325, 329.		El Ciego, por Lisardo.	110
Juicio de la prensa valenciana sobre nuestra publicacion, por la Redaccion.	5	Exámen histórico crítico sobre los autos sacramentales, por José Cantó y Martinez.	113, 117, 121
La vida en un sueño, por Rafael.	6	La Ancianidad, por L. I.	115
Carta de Pio IX sobre el lujo de las mugeres.	7	Mas vale pájaro en mano que buitres volando, por Roberto Irazzo Palavicino.	118
Alegría justificada, por la Redaccion.	9	La Esperanza, por Juan B. Pastor Aicart.	124
La Cruz de Jesucristo, por Rafael.	9	Santa María la Mayor, por Salvador María de Fábregues.	129
Cartas íntimas, por Agustin Lobe.	11, 50	La Envidia, IV, por Cándido.	130
Diálogos y monólogos, por Cándido.	13	El Panteísmo, por Juan B. Pastor Aicart.	133
33, 46, 70, 85, 122, 170, 182.		El Dinero, por Lisardo.	134
Apertura de curso en el Seminario Conciliar, por A.	17	El Concilio Ecnménico primero Vaticano y la Infalibilidad pontificia, por Manuel Candela.	137
Una escena del diluvio, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	17	La Lujuria, V, por Lisardo.	141
De las Cofradías y su origen, por D. L. I.	21	Recuerdos y Esperanzas, por A.	145
Estamos orgullosos, por A.	22	La Guerra, por Cándido.	150
Noticias sobre el Concilio.	25, 29	La Muger, por Lisardo.	153
En el Puerto, memorias de un navegante en el mar de las pasiones.	27, 39	La Templanza, VI, por Cándido.	157
El Elefante, por C. de V.	31	Nueva mejora, por la Redaccion.	157
Tributo de adhesion y sumision al Concilio Vaticano, por la Redaccion.	33	Una reunion de confianza, por Lisardo.	158
Hay Dios único? por José Manuel Blat.	37	Carácter de la ciencia moderna, por Manuel Candela.	161
Mentira y desobediencia (cuento), por Roberto Irazzo Palavicino.	37	La Paz, por Juan B. Pastor Aicart.	162
Dos palabras sobre literatura popular, por Enrique García Bravo.	41	A la Virgen María en su nacimiento, por Valeriano.	165
Cartas trascendentales al alcance del mas rudo, por Manuel Polo y Peirolon.	42, 63, 220	El rincón de mi cuarto, por Lisardo.	166
Navidad, por A. Campos y Carreras.	45	El dogma del Purgatorio, por Manuel Candela.	169
Cuadros tristes y cuadros alegres, por Claudio.	47	Protesta de adhesion al Santo Pontífice, por la Redaccion.	173
La única salvacion, por Dionisio Ros Ferrer.	49	La Virtud, por Juan B. Pastor Aicart.	173
Inauguracion del Concilio Vaticano, por Lisardo.	51	En la torre de un terrado, por Rafael Aparici y Puig.	174
Consideraciones sobre la poesia religiosa, por José Manuel Blat.	53	Una obra de misericordia, por Agustin Lobe.	177
El valor en la muger, por María del Pilar Sinués de Marco.	57	La Escala Santa y Santa Cruz de Jerusalem, por Salvador María de Fábregues.	178
Caridad, por el marqués de Valdegamas.	61	Cartas íntimas Cándido á Pastor y Aicart.	178
La Candelaria.	65	La Castidad, VII, por Lisardo.	181
El salto de la Mora (tradicion valenciana), por Roberto Irazzo Palavicino.	66	La Concepcion de María, por M. Candela.	185
La Iliada y la Odissea, por R.	69	La Venida del Mesías, por M. Candela.	189
El llanto, por B.	69	La Vejez, por Lisardo.	191
Vicios y virtudes I. La soberbia, por Lisardo.	73	El Matrimonio católico, por Lisardo.	193
Una lágrima y una sonrisa, por Cándido.	74	Navidad, por María del Pilar Sinués de Marco.	195
La Cuaresma, por D. L. I.	77	El Tiempo perdido, por el Solitario de Santo Espiritu.	195
La imagen milagrosa, por Angela Grassi.	77	La Ira, VIII, por Serafin.	197
La Basílica de San Pedro, por Salvador María de Fábregues.	81	Mi nombre, por Serafin.	198
Carta al poeta D. Enrique García Bravo, por M. Polo y Peirolon.	82	La visita de Ema, por el Solitario de Santo Espiritu.	199
La resignacion, II, por Cándido.	85	Dos efemérides religiosas, por Salvador María de Fábregues.	201
La Semana Santa en Roma, por D. L. I.	89, 93	La visita de Ema (continuacion), por Enrique García Bravo.	201
La Iglesia Católica, por I.	91	Frente á una chimenea, por Rafael Aparici y Puig.	203
La Fé, por Juan B. Pastor Aicart.	94	La Felicidad, por Luis García Andreu.	204
La Trapa, por Enrique García Bravo.	97	El Lujo, por Lisardo.	205
113, 125, 149.		Socorrer al desvalido, por Antonio Espinós.	207
		La incredulidad, por Emilio de F. Atellan.	208, 211
		La Madre, por M. Candela.	209
		Un rato de conversacion con mis lectores en serio y en broma, por Lisardo.	210

El Poder temporal de los Papas (ante la razón y la historia), por Luis Navarro y Oliver.	213	bregues.	270
218, 221, 225, 230.		Aniversario de Pío IX en Roma, por D. A. y T.	271
El Caracol, por Serafín.	214	La Avaricia, XI, por Lisardo.	273, 282
La Atmósfera, por Rafael Aparici y Puig.	215	El esteticismo y la falsa filosofía, por Fernando	
Certamen poético.	217	Cucala y Vineaiza.	275, 278
El respeto debido á los templos, por José Cantó y Martínez.	222	La Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, por	
La Juventud católica.	223	Abellán.	276
La Cuaresma vindicada por la ciencia, por Serafín.	227	279, 283, 281, 288.	
Exaltación del Patriarca San José.	228	Cartas á mi ahijada, II, por Doña María del Pilar	
La Paciencia, IX, por Serafín.	229	Sinués de Marco.	277
Apuntes históricos sobre Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla, por M. Polo y Peirolon.	231	¿A dónde vamos? por P. Tomás Cortes del Río.	282
237, 242, 250, 259, 263, 298.		A María, por Abelardo.	281
¡Ay de Jerusalén! por Serafín.	232	Un año más, por la Redacción.	283
Deber de propagar la moral pública, por Salvador M.^a de Fábregues.	233	Cartas á mi ahijada, por María del Pilar Sinués de	
¡¡ Yell por Lisardo.	233	Marco.	283
La flor de las vegas (cuento original), por Manuel Polo y Peirolon.	235, 239, 243, 247, 258, 264	El Sacerdote católico, por Serafín.	287, 292, 312
La Noche, por Rafael Aparici y Puig.	238	El Nacimiento de María, por Roman Doldan y Fernandez.	291
¿Cuál es el primer escrito del habla castellana? por José Cantó y Martínez.	241, 267	Nostalgia, por Serafín.	295, 299
A la Reina de los ángeles Madre de Desamparados, por Lisardo.	245	Modestia y vanidad (novela), por Doña María del	
Una aparición milagrosa.	246	Pilar Sinués de Marco.	296, 303, 309, 317, 322
La muerte de Calderon de la Barca, por Salvador M.^a de Fábregues.	249	Cartas á mi ahijada, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.	300
El buen libro, por Restituto de Goyoaga.	252, 255	Los cielos cantan la gloria de Dios, por J. Cantó y Martínez.	301
La Caridad, X, por Lisardo.	253	El 28 de S-tiembre en Valencia, por un suscriptor	
El Mes de María, por Serafín.	254	lego valenciano.	301
El espíritu del catolicismo, por M. Candela.	256	El Mar, por Fernando Cucala Vineaiza.	304
El corazón humano, por Serafín.	257	El valor católico de los Estados-Unidos, por Mons. Percher.	305
A Roma en el vigésimoquinto aniversario de Pío IX al trono Pontificio, por Serafín.	261	El sufragio por los difuntos, por Serafín.	307
Cartas á mi ahijada, por M.^a del Pilar Sinués de Marco.	262	Una esposicion de señoritas, por E. García Bravo.	308
De la tolerancia religiosa, por E. de Fagoaga Abellán.	265	Cartas á mi ahijada, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.	312
Cartas á un amigo de otro mundo: Carta primera, por Lisardo, 266. Segunda.	285	El bachiller Tomás García de Villanueva, por J. Moron y Liminiana.	313
Al ilustre y complaciente poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch, gloria de la literatura española, por la Redacción.	269	Carta del señor obispo de Daulia á D. Emilio Castelar.	314, 315
La Nave sin timon, por Víctor Iranzo.	269	Pensamientos, por Emilio de Fagoaga Abellán.	318
El verdadero progreso, por Salvador María de Fábregues.		El culto católico, por Serafín.	319
		Respiracion de los animales, por J. Subirá y Nicolau.	320
		Prodigio acaecido en la ciudad de Lavinia (Italia.)	323
		La Atmósfera, por D. José Cantó y Martínez.	327
		Un recuerdo triste, por D. Fernando Cucala y Vineaiza.	328
		Certamen poético de la Juventud católica de Valencia.	330

POESÍAS.

A Su Santidad el Sumo Pontífice Pío IX, por Agustín Lobe.	2	por José Nicolás García.	41
A la memoria del Excmo. Sr. D. Casto Mendez Nuñez, por A. L. Soneto.	6	Una palabra muy dulce, por Agustín Lobe.	43
Mater Dolorosa por Agustín Lobe.	7	Oracion, por María del Pilar Sinués de Marco.	45
A María Santísima, por Narciso Serra.	11	Felicitación, por Agustín Lobe.	47
En el Album de una joven, por María del Pilar Sinués de Marco.	14	A un padre en la muerte de su único hijo, por Angela Grassi.	50
Un recuerdo y una plegaria, por Francisco Reig y Llopis.	18	A la Virgen de Luz, por Antonio Martín de Alba.	53
Historia de la violeta, por Clotilde Aurora Príncipe.	21	Amor verdadero, por Enrique García Bravo.	55
A Valencia (el 15 Octubre de 1869), por Agustín Lobe.	22	A María Santísima como débil testimonio de inmenso amor, por Lobe.	58
Cantares, por Enrique García Bravo.	23	En la choza, por Cándido.	59
A Nuestra Señora de la Merced (oda), por Enrique García Bravo.	26	Las esperanzas del año nuevo, por Francisco Reig y Llopis.	62
En la tumba del malogrado poeta D. Pedro Manuel Yago, por A. Lobe.	27	El día sin pan, por Cándido.	67
A un mástil, por Agustín Lobe.	30	Al Divino Redentor (soneto), por Cándido.	69
La Virgen de la Paloma, por Narciso Serra.	33	La Madre (á la memoria de la mia), por Lisardo.	71
Mi barquilla, por Clotilde Aurora Príncipe.	34	A la Virgen de los Dolores (soneto), por Cándido.	74
Letrilla, por Cándido.	36	Los días de Carnaval y el miércoles de Ceniza, por Francisco Reig y Llopis.	75, 79
El adios al convento, por Antonio F. Grillo.	38	Jesus en el huerto (soneto), por Juan B. Pastor Aicart.	81
A la inmaculada Concepcion de la Virgen María,		A la virtud, por Cándido.	83
		Los azotes en la columna (soneto), por Juan B. Pastor Aicart.	85

En la tumba de Doña María de la Concepcion Mer- gelina y Cacho, por Agustín Lobe.	87	El viajero (balada), por el Solitario de Santo Espí- ritu.	222
Romance, por Lope de Vega.	91	En la inauguración de la Juventud Católica de Va- lencia, por Enrique García Bravo.	223
A Jerusalem, por Antonia Díaz y Fernandez.	91	En la inauguración de la Juventud Católica, por Rafael Aparici y Puig.	224
La Esperanza (soneto), por A. Lobe.	95	La Anunciación, por Jaime Subirá y Nicolau.	226
El Dos de Mayo, por J. Bautista Pastor Aicart.	98	Las dos estatuas (fábula), por R. Aparici y Puig.	228
En memoria de la victoria del Callao, por A. L. (soneto).	99	Junto al mar, por Lisardo.	231
Oda a María Santísima de los Desamparados, por E. García Bravo.	102	A la Madre de Dios y de los hombres María Santí- sima en sus dolores, por J. N. García.	231
A la inocencia, por Cándido.	107	A un incrédulo, por R. Guerrero de Luna.	234
Lágrimas, por Manuel Polo y Peirolon.	111	La Azucena (fábula), por el P. C. Fernandez.	238
La coronación de espinas (soneto), por J. B. Pas- tor Aicart.	113	La plegaria de la huérfana, por J. F. Sanmartín y Aguirre.	242
A una niña abandonada, por Cándido.	115	¡Guerra a la impiedad! por Lisardo.	242
La Caridad (soneto), por A. L.	118	Introducción a un poema dedicado a María Santí- sima de los Desamparados, por Enrique Gar- cía Bravo.	246
La Esperanza del Cristiano, por Lisardo.	122	Muerte del poeta (traducción), por E. G. Bravo.	250
A mi madre, por Narciso Serra.	123	La novia (traducción), por J. F. Sanmartín y Aguirre.	251
La Fé (soneto), por A. L.	126	Noche tempestuosa, por J. G. G.	254
¡Pobre patria mía! por Lisardo.	127	Un consejo de amigo a las mugeres, por Lisardo.	258
Al eminente poeta D. Narciso Serra, por Lisardo.	130	El huerto de Gethsemani, por Diego Saavedra y Frigola.	259
Fé, esperanza y caridad, por Agustín Lobe.	134	El Desierto de las Palmas, por Enrique G. Bravo.	262
La guerra de ogaño (soneto), por Cándido.	139	El buey flaco (fábula), por Lisardo.	263
A Lisardo, por Narciso Serra.	142	Mi consuelo, por J. G. G.	266
A los Señores suscritores de la Ilustración Popular, por María del Pilar Sinués de Marco.	145	El Sol y la Luna (fábula), por el P. Cayetano Fer- nandez.	267
Una plegaria, por J. Bautista Pastor Aicart.	146	A una joven y linda poetisa, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.	269
La Ilustración Popular Económica, por Lisardo.	146	Tipos y retratos (soneto), por D. Miguel Gutierrez Gimenez.	271
A la Santísima Virgen, por R. Aparici y Puig.	146	En el día de Pentecostés (oda), por el Solitario de Santo Spiritus.	274
Nuestra empresa, por Manuel Candela.	146	El grito de rebelión, por Fernando María Pastor y Márques.	275
Flor celeste, por Enrique García Bravo.	147	Las dos banderas (fábula), por el P. Cayetano Fer- nandez.	278
Mis votos, por Cándido.	147	Pobre niña, por José Guzman y Gualiar.	279
Al esclarecido poeta, D. J. E. Hartzembusch, por Cándido.	148	A los libertinos, por José Manuel Blat.	282
En la tumba de mi madre (soneto), por Agustín Lobe.	148	¡Mañana! por Rafael Aparici y Puig.	283
Los canarios filarmónicos (fábula), por el P. Caye- tano Fernandez.	148	Al eminente poeta D. Juan Arolas.	284
Ayer, hoy y mañana, por Lisardo.	149	A una niña en su primera comunión, por Víctor Iranzo.	280
Luz y sombra, por R. Guerrero de Luna.	154	Plegaria a la Virgen, por Doña Blanca de Gassó y Ortiz.	281
La Ciudad nueva (fábula), por el P. Cayetano Fer- nandez.	158	A Su Santidad el inmortal Pontífice Pío IX al lle- gar a los días de Pedro, por Lisardo.	284
Soneto, por D. Antonio de Solís.	162	La paciencia, por J. Gomez.	285
Subida fácil (fábula), por Juan E. Hartzembusch.	163	Las vírgenes de Sion en la Natividad de María, por Serafín.	288
A los ojos del Salvador, por Tirso Sanchez.	166	Cantares, por Lisardo.	289
Las dos cruces, por Agustín Lobe.	167	A mi querido amigo D. Antonio Palanca, por J. Guzman y Gualiar.	292
La Fé y las tumbas, por Juan B. Pastor Aicart.	170	La cruz y el sepulcro, por Antonio F. Grilo.	293
El Campo santo, por Lisardo.	171	Stella matutina, por Francisco Martín Melgar.	296
El pecador arrepentido (soneto), por Lisardo.	174	La ciegucecita, por Víctor Iranzo.	297
El uno y el dos. La víctima verdugo y La ven- tanera (fábulas), por el P. Cayetano Fer- nandez.	177	La limosna, por V. R. A.	300
A Dios, por Juan B. Pastor Aicart.	182	A María Inmaculada, por Doña Blanca de Gassó y Ortiz.	301
A la Virgen, por María del Pilar Sinués de Marco.	186	A María Inmaculada (oda), por Doña Blanca de Gassó y Ortiz.	304
La voz de la Caridad, por Francisco Reig y Llopis.	188	El árbol indultado (fábula), por el P. Cayetano Fer- nandez.	305
El doblon y el guisapo (fábula), por el P. C. Fer- nandez.	190	Roma, por Miguel Gutierrez Gimenez.	308
El Señor de las estrellas, por J. F. Sanmartín y Aguirre.	190	El ángel de la Guarda, por Víctor Iranzo.	309
A María Santísima como madre del amor hermoso, por R. Guerrero de Luna.	192	A la inspirada poetisa Doña Blanca de Gassó, por R. Aparici.	310
El hijo del conserje (fábula), por J. E. Hartzem- busch.	194	A la luna (oda), por José Guzman y Gualiar.	312
En todas partes, por Miguel José Ruiz.	195	A María Inmaculada (oda), por Doña Blanca de Gassó y Ortiz.	314
Canción de los pescadores en Bretaña, por B. Altet y Ruete.	198	A Nuestra Señora de la Academia, por E. García Bravo.	316
Las dos gotas, por F. D.	199	Dedicatoria a Dios (oda), por Juan Rodríguez	
El último consuelo, por Lisardo.	200		
La cuerda destemplada (fábula), por el P. C. Fer- nandez.	202		
A la memoria de mi queridísimo padre (soneto), por A. Ferrer.	206		
Salve, por P. J. C.	208		
La conciencia, por el Solitario de Santo Espíritu.	208		
Un Ángel mas, por Enrique García Bravo.	210		
Dios, por Emilio de Fagoaga Abellan.	211		
Meditación en el día de Ceniza, por Serafín.	214		
	218		

Guzman.	318	García Valero.	324
A mi amigo el sacerdote D. Sebastian Gargallo, por Víctor Irazo.	320	A mis compañeros de la Juventud católica, por Juan Rodriguez Guzman.	326
A la Señorita Doña J. F. R., por José Guzman y Gualar.	321	El esquilon y el gato, por el P. Cayetano Fernan- dez.	328
A la inmaculada Concepcion de María, por Eloy		A una niña, por Víctor Irazo y Simon.	329